

ÍNDICE

Presentación	13
---------------------------	----

INTRODUCCIÓN

La Arqueología: disciplina científica y praxis profesional (<i>Mar Zarzalejos Prieto</i>)	15
1. Síntesis sobre la definición de Arqueología. Objeto de estudio, marcos espacio-temporales y fuentes de conocimiento	17
1.1. El concepto de Arqueología y su relación con otras disciplinas.....	17
1.2. Objeto y marcos temporal y espacial de estudio de la Arqueología	20
1.3. Fuentes de conocimiento de la Arqueología	21
1.3.1. Fuentes materiales	21
1.3.2. Fuentes escritas	25
1.3.3. Las fuentes orales y visuales	26
2. Técnicas de trabajo en Arqueología.....	27
2.1. Técnicas de recuperación de testimonios arqueológicos	28
2.1.1. La excavación arqueológica.....	28
2.1.2. Técnicas ligeras o no destructivas de investigación arqueológica	35
2.2. Técnicas de datación, clasificación y análisis	36
3. La defensa legal del Patrimonio Arqueológico. Hitos en la legislación nacional y autonómica. El marco de la normativa internacional	38

4. La gestión de las actividades arqueológicas. El control de las intervenciones. La política preventiva, de catalogación y de difusión.....	41
5. La Arqueología y el ejercicio libre de la profesión	46
Bibliografía	48

ARQUEOLOGÍA DE EGIPTO Y DEL PRÓXIMO ORIENTE

Introducción a la Arqueología de Egipto y el Próximo Oriente <i>(Mar Zarzalejos Prieto)</i>	51
1. El medio geográfico en Egipto. El «don del Nilo», columna vertebral de las comunicaciones y foco de vida. El desierto. Recursos naturales	53
2. Esquema de la Historia de Egipto. Manetón y la división en dinastías. Problemas de cronología.....	58
3. Breve síntesis sobre el desarrollo histórico desde el período predinástico hasta la Baja Época	60
4. Breve historia de la investigación sobre la Cultura Egipcia. De Champollion a nuestros días. La aportación de la investigación española a la Egiptología: las misiones españolas en Egipto.....	67
5. El marco geográfico en el Próximo Oriente Antiguo.....	71
6. Cambios y constantes culturales: el agua y las rutas de difusión comercial y cultural.....	74
7. El marco cronológico	78
8. Breve historia sobre las investigaciones arqueológicas en el Próximo Oriente.....	78
Bibliografía	81

Tema 1. El urbanismo y la arquitectura en el Antiguo Egipto <i>(Mar Zarzalejos Prieto)</i>	85
1. El urbanismo en el Antiguo Egipto	87
1.1. Los inicios de la urbanización en Egipto	87

1.2. Tipos de ciudades egipcias. Identificación de funcionalidad y casos concretos.....	89
1.2.1. Las ciudades capitales.....	89
1.2.2. Capitales de nomo	94
1.2.3. Las ciudades-fortaleza fronterizas	94
1.2.4. Las ciudades para sacerdotes encargados del culto funerario	96
1.2.5. Aldeas para obreros.....	99
2. Arquitectura religiosa.....	99
2.1. La estructura del templo egipcio	101
2.2. Las funciones del templo egipcio	104
2.3. Los edificios religiosos a través del tiempo.....	105
3. Arquitectura funeraria.....	113
3.1. Sobre el concepto de la muerte y las prácticas funerarias en el Antiguo Egipto	113
3.2. El culto funerario al faraón y la evolución de la tumba real...	116
3.3. La arquitectura funeraria privada y la democratización del culto funerario	129
4. Arquitectura palaciega. La morada de los faraones	132
5. Arquitectura doméstica. La casa egipcia.....	135
Bibliografía	138

Tema 2. La escultura, el relieve y la pintura en el Antiguo Egipto *(Carmen Guiral Pelegrín)*

1. Características generales. Principios representativos y convenciones.....	143
2. Artesanos.....	145
3. La escultura exenta.....	146
3.1. Materiales y técnicas.....	146
3.2. La escultura oficial o la plástica al servicio del poder	148
3.2.1. Entre el Período Protodinástico y el Imperio Antiguo.....	148
3.2.2. El I Período Intermedio y el Imperio Medio	154
3.2.3. El II Período Intermedio y el Imperio Nuevo	159
3.2.4. Entre el III Período Intermedio y la Baja Época	165

3.3. La plástica privada o el camino hacia la inmortalidad.....	167
4. El relieve y la pintura	180
4.1. Cánones y proporciones	180
4.2. Relieve: materiales y técnicas.....	182
4.3. La pintura: materiales y técnicas	182
4.4. Evolución del relieve y la pintura	183
4.4.1. El simbolismo de los relieves y pinturas protodinásticas	183
4.4.2. La decoración de las tumbas privadas	188
4.4.3. La decoración de las tumbas reales y los templos funerarios.....	201
4.4.4. La decoración de los templos	208
4.4.5. La decoración de los edificios civiles: palacios y casas privadas	213
Bibliografía	215
 Tema 3. Cultura material: vida cotidiana y ajuares funerarios	
<i>(Carmen Guiral Pelegrín)</i>	217
1. Objetos de uso cotidiano	219
1.1. Vajilla	219
1.1.1. Producciones cerámicas	219
1.1.2. Producciones líticas y metálicas.....	225
1.1.3. Producciones de pasta vítrea y de vidrio	227
1.2. Cestería	228
1.3. Carpintería	230
1.4. Joyería	232
1.5. Armamento.....	233
2. Objetos de uso funerario	235
2.1. Sarcófagos y ataúdes	237
2.2. Máscaras y retratos pintados	242
2.3. Vasos canopos	244
2.4. <i>Ushebtis</i> , estatuas de sirvientes y maquetas	245
2.5. Amuletos.....	247
2.6. Textos funerarios.....	249
2.7. Otros objetos funerarios	250
Bibliografía	250

Tema 4. Los orígenes de la civilización: el tercer milenio en el Próximo Oriente (<i>Carmen Guiral Pelegrín</i>).....	253
1. El nacimiento de las civilizaciones urbanas: el IV milenio.....	255
1.1. Periodo de Uruk.....	259
2. El Período Dinástico Arcaico.....	267
2.1. Distribución del hábitat.....	268
2.2. Arquitectura.....	268
2.2.1. Materiales y técnicas arquitectónicas.....	268
2.2.2. Edificios religiosos.....	270
2.2.3. Palacios.....	272
2.2.4. Arquitectura doméstica.....	273
2.3. Mundo funerario.....	274
2.4. La estatuaria y el relieve.....	276
2.5. Metalurgia y orfebrería.....	282
2.6. La taracea.....	284
3. El imperio territorial: Akkad.....	284
3.1. Arquitectura.....	286
3.2. Escultura y relieve, reflejo del poder real.....	286
4. El periodo de Lagash.....	290
5. III Dinastía de Ur o periodo neosumerio.....	294
5.1. Urbanismo y arquitectura.....	294
5.1.1. Arquitectura religiosa.....	295
5.1.2. Arquitectura civil pública.....	298
5.2. Relieve.....	301
Bibliografía.....	302
 Tema 5. Los grandes estados del II milenio en el Próximo Oriente (<i>Carmen Guiral Pelegrín</i>).....	 305
1. Periodo de Isin-Larsa.....	310
1.1. Urbanismo y arquitectura.....	310
1.2. Escultura y relieve.....	314
2. La I dinastía de Babilonia (1894-1595 a. C.).....	318
2.1. Escultura y relieve.....	318

3. Mari y su mundo (1810-1760 a. C.)	322
3.1. Arquitectura	323
3.2. Escultura	331
4. La Babilonia casita (1595-1155 a. C.).....	331
4.1. Arquitectura	332
4.2. Escultura y relieve.....	335
5. Asiria en el II milenio	336
5.1. El periodo paleoasirio (2000-1800 a. C.)	336
5.2. El periodo medioasirio (1400-1050 a. C.).....	339
Bibliografía	344

Tema 6. El primer milenio: Asiria y Babilonia (*Carmen Guiral Pelegrín*)..... 347

1. El poderío asirio. Control territorial y orden religioso	349
1.1. Arquitectura. Ciudades palaciegas y construcciones defensivas	350
1.2. Escultura. Contexto y función del relieve asirio	364
1.3. Pintura mural y ladrillo vidriados.....	366
1.4. Glíptica y artes menores	369
2. El periodo neobabilónico	371
2.1. Documentación arqueológica y fuentes literarias.....	371
2.2. Urbanismo y arquitectura	372
Bibliografía	379

Tema 7. La península de Anatolia. Los hititas (*Mar Zarzalejos Prieto*) 383

1. El marco geográfico	385
2. Las investigaciones sobre los hititas.....	386
3. Anatolia en el III milenio a. C. El problema de los orígenes del pueblo hitita.....	388
4. Los inicios del II milenio a. C. El <i>kârum</i> de Kanesh-Kültepe	390
5. La formación del estado hitita. Entre el Reino Antiguo y el Imperio Hitita	395

6. Urbanismo y arquitectura hititas.....	398
6.1. La ordenación urbana y la arquitectura defensiva	398
6.2. La arquitectura civil.....	402
6.3. La arquitectura religiosa	407
7. Las necrópolis y las prácticas funerarias de los hititas	411
8. La escultura hitita.....	412
9. Otros elementos de la cultura material hitita: cerámica y glíptica	416
10. Los principados neohititas del I milenio.....	418
10.1. Urbanismo y arquitectura neohititas.....	419
10.2. La escultura neohitita	421
11. Urartu y sus manifestaciones materiales más relevantes.....	422
Bibliografía	426
Tema 8. Siria (<i>Carmen Guiral Pelegrín</i>)	429
1. El III milenio a. C. en Tell Mardikh. El llamado imperio eblaíta	432
2. Siria en la primera mitad del II milenio.....	439
2.1. Arquitectura	440
2.2. La necrópolis real de Ebla.....	446
2.3. Plástica y glíptica	448
3. Siria en la segunda mitad del II milenio a. C.	453
3.1. El fin de Ebla y la compleja política internacional.....	453
3.2. Mitanni	455
3.3. Ras Shamra-Ugarit. Los Pueblos del Mar	457
3.4. Plástica y artes menores en la Siria del II milenio.....	461
Bibliografía	463
Tema 9. El Irán prepersa y persa (<i>Carmen Guiral Pelegrín</i>).....	465
1. Situación geográfica. Elamitas e iranos.....	467
2. Cultura material prepersa. Bronces y orfebrería	470
2.1. El Elam	470
2.2. Los pueblos de las montañas.....	472
2.2.1. El reino de Mannai.....	473
2.2.2. El Luristán	475

2.3. Los medos.....	477
3. La destrucción de Asiria y el surgimiento del Imperio Aqueménida	478
4. Cultura material de la Persia Aqueménida	480
4.1. Arquitectura	480
4.2. Plástica.....	492
4.3. Artes menores.....	497
Bibliografía	499

Introducción a la arqueología de Egipto y del Próximo Oriente

Mar Zarzalejos Prieto

SUMARIO

1. El medio geográfico en Egipto. El «don del Nilo», columna vertebral de las comunicaciones y foco de vida. El desierto. Recursos naturales
 2. Esquema de la Historia de Egipto. Manetón y la división en dinastías. Problemas de cronología
 3. Breve síntesis sobre el desarrollo histórico desde el período predinástico hasta la Baja Época
 4. Breve historia de la investigación sobre la Cultura Egipcia. De Champollion a nuestros días. La aportación de la investigación española a la Egiptología: las misiones españolas en Egipto
 5. El marco geográfico en el Próximo Oriente Antiguo
 6. Cambios y constantes culturales: el agua y las rutas de difusión comercial y cultural
 7. El marco cronológico
 8. Breve historia sobre las investigaciones arqueológicas en el próximo Oriente
- Bibliografía

1. EL MEDIO GEOGRÁFICO EN EGIPTO.

EL «DON DEL NILO», COLUMNA VERTEBRAL DE LAS COMUNICACIONES Y FOCO DE VIDA. EL DESIERTO. RECURSOS NATURALES

Las condiciones geográficas existentes en el espacio donde se desarrollará la civilización egipcia marcaron profundamente muchos de sus rasgos culturales y hasta el devenir de su historia. Nos hallamos ante una de las regiones desérticas más áridas y extensas del planeta, donde la pluviosidad es insignificante. El clima, que fue estepario a inicios del Holoceno, se convirtió en desértico a fines del III milenio a. C., prolongando estas condiciones hasta nuestros días.

El país se articula en función de tres grandes unidades naturales: el valle, el delta del Nilo y el desierto (fig. 1). El Nilo cruza en sentido S-N el desierto desde su nacimiento en el lago Victoria hasta su desembocadura en el Mediterráneo, convirtiéndose en una arteria vital que funcionó como un foco de atracción para el desarrollo de la vida humana. Su bravo discurrir a través de la meseta desértica fue socavando una ancha garganta, cuyos aportes iba depositando a lo largo de su curso conformando un terreno de aluvión muy fértil y oscuro al que los egipcios llamaron *Kempt* (tierra negra). Este fértil valle se extiende entre Asuán y El Cairo y posee una anchura de apenas 2 km en algunos puntos. Desde El Cairo, el río discurre lentamente hasta alcanzar una bahía costera donde forma un ancho delta y se divide en dos brazos principales: el Damietta al E y el Roseta al O. La dualidad geográfica existente entre el valle y el delta encuentra reflejo en una división histórica establecida por los propios egipcios y que distingue entre el Alto Egipto —el valle— y el Bajo Egipto —el delta—. La unificación política de ambos espacios alumbró el nacimiento del período Dinástico y marca uno de los hitos más importantes de la historia del Egipto antiguo.



FIG. 1. Mapa de Egipto con las unidades fisiográficas más importantes (Sg. Baines y Malek).

La característica que hizo de Egipto un don del Nilo, tal y como lo definió Heródoto (Hist. II, 5), consiste en la capacidad del río de inundar periódicamente las tierras del valle con un fecundo limo (fig. 2). Este ciclo parte de la actividad desarrollada por sus dos afluentes —el Nilo Azul y el Atbara—, que nacen en las montañas de Etiopía. Con las lluvias de verano y el deshielo de los macizos etíopes se eleva de manera importante el caudal, desbordando los cauces y arrastrando los ricos sedimentos hasta quedar depositados en las zonas de discurrir más tranquilo que conforman el valle del Nilo. Las crecidas se desplazaban de S a N. A fines de



FIG. 2. Riego por inundación del Nilo.

julio la inundación alcanzaba la zona de Menfis, al S del Delta, y tres meses después las aguas retrocedían, pudiéndose iniciar la siembra en noviembre. Durante el invierno, la humedad del limo hacía madurar los cultivos sin necesidad de riego. Una vez obtenida la cosecha, sobrevénía un período seco que servía para evitar la salinización excesiva del terreno. Este proceso se repetía con una periodicidad matemática y propició el nacimiento de un calendario que imponía su ritmo de vida a los habitantes del valle y que constaba de tres estaciones: *akhet* (inundación), *peret* (cosecha) y *shemou* (sequía).

A esta «anomalía» natural que alumbró la vida en medio de un ambiente inhóspito, se sumaron después las obras del hombre dirigidas a controlar las crecidas y a favorecer la permanencia de las aguas en balsas cuando se iniciaba su repliegue o la irrigación de zonas a las que no llegaba la riada mediante acequias y canales. Sin embargo, estos ingenios de irrigación artificial se imponen tardíamente —en tiempos de la XVIII dinastía— y no parece que constituyeran obras más complejas que las balsas o el *shadouf*, un invento mesopotámico constituido por un vástago horizontal que apoya sobre un pilar central y posee en uno de sus extremos un contrapeso y un recipiente para tomar el agua en el otro. Por esta razón señala B. Kemp que no es correcto mantener que el surgimiento de la sociedad organizada en Egipto se debe a la necesidad de coordinar el esfuerzo colectivo para el control del río y favorecer la agricultura, tal y como se ha mantenido no pocas ocasiones. En realidad este control no será llevado a sus extremos hasta hace apenas doscientos años a consecuencia del aumento demográfico y la necesidad perentoria de establecer una agricultura intensiva que proveyera a las necesidades de la población.

A esta función del Nilo debe agregarse su carácter navegable y, por ende, su capacidad para articular el tráfico de mercancías permitiendo el transporte de materias primas y manteniendo el contacto entre la capital y las provincias. A través de su curso circulaban el granito y la arenisca de Asuán, el marfil y el oro de Nubia, y la caliza de Tourah, localidad próxima a El Cairo, facilitando el traslado de materiales pesados hasta las zonas deficitarias donde habían de emplearse en las construcciones religiosas y funerarias.

La tercera región natural que configura el país es, como se dijo anteriormente, el desierto, al que los egipcios denominaban *desheret* (tierra roja). El Desierto Líbico se encontraba al O y contaba con varios oasis, entre ellos el de El Fayum. La zona situada al O del valle se llamaba Libia. Las incursiones de los libios que se produjeron de manera recu-

rente en diversos momentos de la historia egipcia eran frenadas desde los oasis y Ramsés II llegó a construir varias fortalezas a lo largo de la zona costera para proteger el país de estos vecinos intrusos. El Desierto Arábigo, al E, era mucho más árido y montañoso, aunque no dejaba de tener importancia a consecuencia de su riqueza mineral y de su comunicación con el Mar Rojo.

Por lo que respecta a los recursos naturales, Egipto era un espacio privilegiado. Ya hemos apuntado líneas arriba la provisión de piedra, desde las calizas y areniscas del Alto y Medio Egipto y Nubia, hasta las rocas duras como el basalto, el granito o las cuarcitas, que se obtenían en el Wadi Hammamat y los desiertos nubios. Por el contrario, el país era deficitario en buena madera para la construcción, ya que las especies locales —fundamentalmente acacia y sicomoro— resultaban poco aptas para este fin a causa de su pobreza en resina y los abundantes nudos que impedían su utilización en piezas de gran tamaño. Por esta razón se veían obligados a importar maderas de calidad de regiones como El Líbano, originando un tráfico comercial bien conocido a través de la documentación escrita y figurada.

En cuanto a los metales, el cobre se obtenía en el desierto arábigo y en el Sinaí, si bien en época más avanzada se importan lingotes de Siria y Chipre. Los yacimientos de oro existentes en Nubia y el Bajo Sudán le aseguraron la disponibilidad del metal precioso a lo largo de todo el período antiguo. El oro se encontraba en aleación con la plata con diversos grados de pureza.

Al margen de la riqueza en materias primas, la civilización egipcia fue esencialmente agrícola, ya que a esta actividad se dedicaba la mayor parte de su población. La fertilidad de la franja cultivable hacía posible el cultivo de cebada, escanda, higueras, palmeras, vides y gran variedad de especies hortícolas y legumbres. Plantas acuáticas como el papiro abundaban en la región del Delta y en las áreas inundadas del Alto Egipto (fig. 3); sus aplicaciones incluían desde la elaboración de cordajes a partir de los tallos, de soportes para la escritura, hasta la obtención de alimento preparado con el rizoma. El lino se aplicaba a la realización de tejidos para vestir y a la fabricación de telas de textura más fuerte.

La misma riqueza se encontraba en su cabaña ganadera, ya que se criaban vacas, ovejas, cerdos y cabras. Además de la carne y la leche, se aprovecha la piel para diversos fines, como la fabricación de material de escritorio, cubiertas de almohadas y hasta calzados. También abundaba la pesca en el río y en las zonas inundables, así como las aves acuáticas.

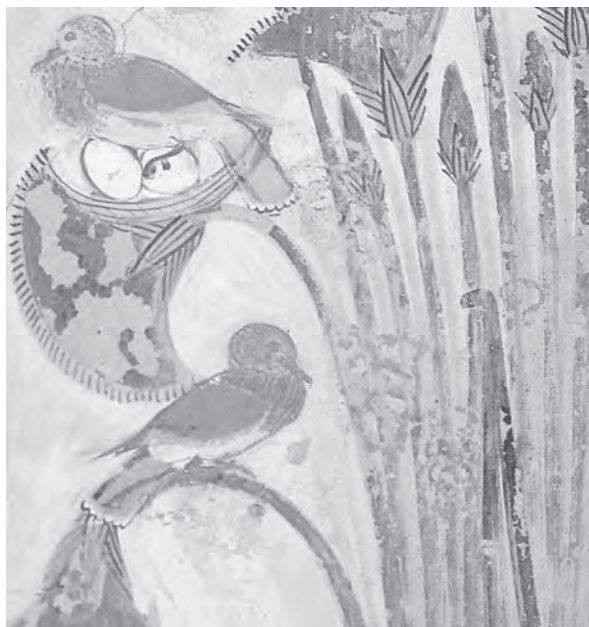


FIG. 3. Plantas de papiro. Tumba tebana.

La existencia de todos estos recursos y varias de sus manufacturas, como la marquetería, la producción textil o la elaboración de material de escritura, hicieron de Egipto un país privilegiado, con capacidad para convertirse en uno de los estados más poderosos de la Antigüedad.

2. ESQUEMA DE LA HISTORIA DE EGIPTO. MANETÓN Y LA DIVISIÓN EN DINASTÍAS. PROBLEMAS DE CRONOLOGÍA

Las crónicas realizadas por los escribas de los templos sirvieron ya desde época faraónica para la realización de listados con la sucesión de los reyes y revelan la tendencia natural de los egipcios a archivar documentos administrativos. Conocemos algunas de estas compilaciones de carácter «archivístico», como la denominada «Piedra de Palermo», realizada durante la V dinastía y sobre cuyo soporte de basalto negro se escribieron los principales hechos acontecidos bajo el reinado de cada faraón. Otra lista de reyes es el «Papiro de Turín», que recogió los nombres de 300 monarcas con afán de ser exhaustiva y aún a costa de incorporar la secuencia de reyes de ingrato recuerdo, como los de la dinastía hicsa.

Este interés por evidenciar la continuidad y estabilidad del orden monárquico quedó asimismo plasmado en el bajorrelieve que se esculpió en el templo de Seti I en Abydos.

El documento más antiguo conocido que puede considerarse una Historia de Egipto fue escrito en griego por Manetón, un sumo sacerdote del templo de Heliópolis que vivió a mediados del siglo III a. C., en tiempos de los dos primeros Ptolomeos. Esta obra no ha llegado a nosotros en su versión íntegra, sino a través de resúmenes y referencias contenidas en escritos de autores clásicos de época posterior (Flavio Josefo, Julio el Africano o Eusebio de Cesarea, por ejemplo). Pese a las inexactitudes e interpolaciones que pudieron introducir los copistas, los datos que contiene son muy importantes ya que Manetón tuvo acceso a los archivos del templo. Establece una división de la historia egipcia en treinta dinastías, a las que después se añade una más, que, pese a la admisión de algunos matices, sigue constituyendo la base del marco histórico del Egipto faraónico. No debe entenderse el concepto de *dinastía* de Manetón en el sentido actual del término, relacionándolo con familias reinantes, sino como períodos o etapas históricas.

En la actualidad, los investigadores emplean una división convencional que agrupa las dinastías de Manetón en tres Imperios: Antiguo, Medio y Nuevo, con un Período Intermedio entre cada uno de ellos, cuya introducción parte de la observación de que los períodos de esplendor se intercalaron con otros marcados por el desorden o la decadencia. Bastante más complejo es establecer una cronología absoluta para todos los períodos y reinados, ya que los egipcios no emplearon un calendario de cómputo continuo, sino que contaban los años de reinado de cada faraón y llegaron a utilizar hasta tres calendarios diferentes. El estado fragmentario en que conocemos las listas debe completarse con referencias astronómicas como las del ciclo de Sothis —la estrella Sirio o el Can que resultaba visible el primer día de la estación de crecida (hacia el 19 de julio)— o bien mediante relaciones de contemporaneidad respecto a hechos bien datados en países vecinos. En cualquier caso, este problema explica las diferencias existentes entre las cronologías proporcionadas por diferentes autores, que pueden oscilar 50, 60 o hasta 100 años en los períodos más antiguos y se irán reduciendo progresivamente hasta acercarse a fechas históricamente mejor conocidas. Para ejemplificar esta falta de unanimidad en la cronología y a fin de ilustrar de manera orientativa la perduración de cada una de las etapas en que se divide la Historia del Antiguo Egipto, a continuación exponemos un cuadro que contiene la división clásica de las dinastías con las fechas que manejan B. Kemp y J. Vercoutter (fig. 4).

Períodos	Dinastías		Cronología	
	Sg. B. Kemp	Sg. J. Vercoutter	Sg. B. Kemp	Sg. J. Vercoutter
Período Dinástico Antiguo = Período Arcaico o Tinita	I-II	I-II	3050-2695 a. C.	3150-2700 a. C.
Imperio Antiguo = Imperio Menfita	III-VIII	III-VI	2695-2160 a. C.	2700-2200 a. C.
Primer Período Intermedio	IX-XI	VII-inicios XI	2160-1991 a. C.	2200-2065 a. C.
Imperio Medio = Imperio Tebano	XII	Fin XI-XII	1991-1785 a. C.	2065-1785 a. C.
Segundo Período Intermedio	XIII-XVII	XIII-XVII	1785-1540 a. C.	1785-1580 a. C.
Imperio Nuevo = II Imperio Tebano	XVIII-XX	XVIII-XX	1540-1070 a. C.	1580-1090 a. C.
Tercer Período Intermedio	XXI-XXIV	XXI-XXIV	1070-712 a. C.	1085-715 a. C.
Baja Época	XXV-XXXI	XXV-XXX	712-332 a. C.	715-332 a. C.

FIG. 4. Cuadro cronológico con la secuencia dinástica (Sg. B. Kemp y J. Vercoutter).

3. BREVE SÍNTESIS SOBRE EL DESARROLLO HISTÓRICO DESDE EL PERÍODO PREDINÁSTICO HASTA LA BAJA ÉPOCA

Resumir la secuencia histórica del Antiguo Egipto en unas pocas páginas es una tarea ardua y compleja a causa de la amplitud temporal del marco cronológico a contemplar. No obstante, es obligado introducir una síntesis global sobre la evolución del país durante más de dos mil años, como diseño a grandes rasgos del escenario y contexto en que se sitúan los elementos de la cultura material que se analizarán en temas sucesivos. Para profundizar en cuestiones puramente históricas remitimos al alumno a las excelentes monografías disponibles que se recogen en el apartado bibliográfico de este tema.

Aunque tradicionalmente se hace arrancar la historia de Egipto de la instauración de la I Dinastía, a este hecho le precede un largo período al que se suele denominar **Predinástico** y que se prolonga durante casi un milenio. A lo largo de estos siglos se gestan y maduran los cambios de un proceso cultural que arranca del Neolítico inicial, con el desarrollo y progreso de la sedentarización en el norte (El Fayum, El Omarí y

Merimdé, entre otros yacimientos) y en el sur del país (El Badari, fundamentalmente).

Durante algún tiempo el período Predinástico se ha dividido en distintas fases culturales que respondían a las denominaciones de *badariense*, *amratiense* y *guerceense*, todas ellas derivadas de las estaciones arqueológicas donde se iban realizando los descubrimientos que permitían efectuar la periodización. Después, las dos últimas fueron reemplazadas por Nagada I y Nagada II. Actualmente la postura más unánimemente aceptada emplea la secuencia Nagada I, II y III para referirse con esta última fase al período de transición que desemboca en el Dinástico.

A lo largo del Período Predinástico se perciben claramente las diferencias existentes entre el Alto y Bajo Egipto que comenzaron a atisbarse ya durante el Neolítico. El discurso basado en las tradiciones de la unificación del Doble País difundidas durante el Imperio Nuevo defiende la aparición de una monarquía situada bajo la protección de Osiris, quien tras su asesinato fue vengado por Horus. Este poder habría conseguido durante el Predinástico Medio (Nagada II) imponerse al reino del sur que se hallaba bajo el patrocinio del dios Set, al que se consideraba asesino de Osiris. Estos hechos serán fijados en la mitología egipcia con la victoria de Horus sobre Set, transcribiendo lo que en términos políticos constituyó la primera unificación del Alto y el Bajo Egipto. Tras seis reinos de monarcas imperantes en el Doble País, surgirán nuevamente dos monarquías independientes para el Alto y Bajo Egipto, con capitales en Hierakónpolis y Buto, respectivamente.

La pretendida unificación conseguida por Narmer tras un largo período de guerras intestinas será más política que real, ya que la marcada personalidad de cada reino tendía, en períodos de crisis, a manifestar su fuerte tendencia a la disgregación. El rey del Alto Egipto portaba una tiara blanca y alta en tanto que el monarca del Bajo Egipto llevaba una corona roja más baja. La corona bicolor —el *pschent*— parece convertirse en el lenguaje iconográfico de la unificación encarnado, según la crítica tradicional, en la paleta de Narmer, magnífico documento relivario hallado en las excavaciones de Hierakonpolis. En los últimos tiempos se encuentra en discusión esta interpretación y se abre camino la hipótesis que considera este objeto simplemente como la memoria de una victoria militar o como un objeto ritual que refuerza el papel del rey dentro de un proceso de formación de la iconografía y la ideología monárquica. También se discute que la unificación se produjera en tiempos de Narmer, ya que el estudio de la cultura material revela una «unificación cultural»

que había amalgamado a las gentes que habitaban el valle del Nilo una o dos generaciones antes de Narmer.

La explicación tradicional historicista, aparentemente sencilla, que reduce el panorama político imperante en el final del período Predinástico a la existencia de dos reinos en pugna por conseguir cada uno la imposición sobre el otro no parece real a juicio de otros autores. De hecho, algunos investigadores como A. Kuhrt plantean que la pretendida unificación no fuera realmente la del Alto y el Bajo Egipto ya que las evidencias arqueológicas no permiten interpretar que ambas entidades se correspondan con dos reinos de similar peso, capaces de enfrentarse en igualdad de condiciones. Por el contrario, no existen pruebas inequívocas de que el reino del Bajo Egipto poseyera gran importancia. A. Kuhrt plantea en este sentido que el proceso consistiera realmente en una incorporación gradual de las comunidades menores del Bajo Egipto, por parte de la entidad del Alto Egipto, más fuerte y definida que aquellas.

La «unificación» puede no ser más que una imagen que proyecta el posterior dualismo que marcará la historia egipcia. En realidad esta época alumbra un complejo de relaciones y comportamientos que confluyen en el surgimiento del Estado. Entre los factores coadyuvantes podrían aducirse los sentimientos de propiedad territorial que se generan con las ocupaciones permanentes y estables y que tenderán a encarnarse en elementos simbólicos y místicos. Las perspectivas económicas de una agricultura, favorecida por las buenas condiciones derivadas de la enorme fertilidad, puede despertar competencia y deseos de aumentar el tamaño de las zonas en explotación con el fin de obtener excedentes. Esta competencia traducida en rivalidad con las comunidades vecinas fomentará el surgimiento del liderazgo y cristalizará en continuas pugnas por el control de los territorios revestidas del valor simbólico que reside en la creación de una ideología del poder.

A comienzos del III milenio, con el inicio del **Período Dinástico**, debemos situar la difusión del uso de la escritura, que se aplicó inicialmente a la anotación de anales con los hechos más notables de cada año de reinado. Esta fue una de las fuentes empleadas por la «Piedra de Palermo» o el «Papiro de Turín», documentos a los que ya nos hemos referido antes. El origen de la escritura jeroglífica debe buscarse en el Bajo Egipto durante el período predinástico; la ausencia de evidencias materiales en este sentido no resultan extrañas si se considera que, por sus especiales condiciones geográficas, la realidad arqueológica del Delta resulta aún muy poco conocida. El primer nombre que se refleja en las listas reales es el de Menes. Manetón denomina tinitas a las dos primeras

dinastías, por hallarse su capital en Tinis, ciudad aún no identificada que debía encontrarse cerca de Abydos, en el Alto Egipto. Sin embargo, el hecho de que el propio Menes fuera recordado como el fundador de Menfis y que sus sucesores de la I dinastía reforzaran el papel de ésta, inducen a plantear que la capitalidad se estableciera en Menfis, cuya ubicación a caballo entre el Alto y el Bajo Egipto facilitaba el control de ambos países. En este periodo se encuentran ya asentados los rasgos típicos de la civilización egipcia posterior: la unidad política de todo el territorio bajo el mandato de un solo faraón y la homogeneidad cultural.

Durante esta etapa se mantienen relaciones comerciales con el Mediterráneo Oriental. Al final del período tinita se producen tensiones bélicas cuyo resultado final será la destrucción del poder de la aristocracia del Alto Egipto y la neutralización de algunas ciudades del Delta que aprovechando la confusión intentaban restaurar su independencia. Con ello, como destaca J. Padró, el último faraón de la II dinastía sentaba las bases del primer Estado centralizado de la Historia: el **Imperio Antiguo**.

El Imperio Antiguo suele incluir desde la III a la VI dinastía, que se desarrollan *grosso modo* durante la segunda mitad del III milenio. Otros autores como B. Kemp o J. Baines y J. Malek adscriben también a este periodo las dinastías VII y VIII. En esta etapa se consolida el carácter del Estado, que crece en complejidad y centralización. En el orden político fue una época de relativa tranquilidad, si bien comenzará a evidenciarse la tendencia a una regionalización en contradicción con las fuerzas centralizadoras de la monarquía. En este período se diseña la organización del aparato estatal dominado por el faraón, bajo el cuál aparecen las figuras del *visir*, de quien depende la dirección de los servicios centrales y de los gobernadores provinciales o *nomarcas*. Otro cambio importante que se produce en esta época es la implantación del culto al sol —Ra— que será adoptado por la monarquía desde Djoser (c. 2630-2611 a. C.) y asociado al culto real. Egipto gozó de una considerable riqueza y prosperidad tal y como se evidencia a través de la construcción de ingentes monumentos funerarios y religiosos. Los hallazgos arqueológicos revelan la expansión hacia Nubia y las relaciones existentes con Anatolia o Siria a través de Biblos, donde se han encontrado abundantes elementos materiales del Imperio Antiguo. El largo reinado de Pepi II (c. 2246-2152 a. C.), último monarca de la V dinastía, asiste a una serie de conflictos que darán paso a una auténtica revolución social cuyo escenario de fondo fue la generalización de hambrunas ocasionadas por una serie de inundaciones bajas.

El **I Período Intermedio** supuso la división del país con reyes que establecen las sedes de su reino en Herakleópolis y Tebas. Se trataba en su

mayor parte de antiguos gobernadores provinciales —nomarcas— que se autoproclamaron reyes, aunque fue tanta su debilidad que se manifestaron incapaces para imponer su dominio sobre la totalidad del país. El sistema económico del Imperio Antiguo sucumbió arrastrado por el caos de la nueva situación. En la pugna entre Herakleópolis y Tebas, a fines del III milenio el monarca tebano Mentuhotep, de la XI dinastía, logra restablecer la unidad.

El **Imperio Medio** constituye un renacimiento que se traduce en una importante actividad constructiva y en la intensificación de los movimientos de las rutas que conducían hacia el Mar Rojo. Por otra parte, las penetraciones de las gentes del desierto oriental y del área nubia que se habían producido aprovechando el caos y la confusión del I Período Intermedio, pusieron en evidencia la debilidad de estos flancos del país, por lo que los monarcas del nuevo período comenzaron a levantar fortificaciones al E del Delta y a lo largo del Nilo hasta las proximidades de la segunda catarata. También en esta época se sitúa la colonización del fértil oasis de El Fayum, en el Egipto Medio, cerca de la nueva capital radicada en un lugar aún sin identificar llamado *Ity-Taui* («dominadora de las Dos Tierras»). Sin embargo, la estructura del Estado había sido desprovista del sólido marco ideológico creado durante el Imperio Antiguo, por lo que vuelven a aparecer peligrosos signos de debilidad del poder real que culminan en un nuevo período de convulsiones en el que se suceden usurpaciones, restauraciones y contiendas.

El caos se impone nuevamente en el país y la ausencia de un poder centralizado y fuerte dejó vía libre a la invasión del suelo egipcio por extranjeros. Se inicia el **II Período Intermedio** que culminará en tiempos de las XV y XVI dinastías en la toma del poder por los hicsos —término griego derivado de una expresión egipcia que significa «soberano de países extranjeros»—. Pese a que la invasión hicsa fue recordada por los egipcios como un hecho execrable y vergonzante, el período no supuso una etapa tan ruinoso para el país como el I Período Intermedio. Por el contrario, los hicsos se aculturaron por el Estado dominado, al tiempo que fueron portadores de una serie de mejoras técnicas como el trabajo del bronce, avances en el torno de alfarero y en el telar vertical o la introducción de carros de guerra tirados por caballos, los arcos compuestos y otras armas en el campo de la actividad bélica. Los hicsos fueron vencidos a las puertas de su capital en el Delta —Avaris— por el último rey de la XVII dinastía y definitivamente expulsados de Egipto por Ahmosis (c. 1550-1525 a. C.), que vuelve a ceñir las dos coronas inaugurando el **Imperio Nuevo**.

La nueva etapa, en la que se inscriben las dinastías XVIII, XIX y XX, se corresponde con el período mejor documentado y más brillante del antiguo Egipto, en el que la cultura y las artes alcanzan un gran desarrollo y la potencia político-militar su máximo poderío. Tebas vuelve a ostentar la capitalidad y su dios tutelar Amón se convierte en la divinidad dominante. La política de conquistas emprendida por los monarcas de la XVIII dinastía se extendió a Palestina, la zona del Éufrates, Siria, Nubia e incluso Somalia, a través de la famosa expedición al Punt promovida por la reina Hatshepsut. El motivo primordial de esta expansión egipcia no fue tanto conseguir metas de carácter político como asegurarse el control de las rutas del comercio a larga distancia y el acceso a las materias primas. En el interior, dos fuerzas empezaban a condicionar de manera importante el orden político. Se trata por un lado del ejército, cuyo aumento progresivo debe ponerse en relación con las continuas guerras de expansión y, por otro, del clero, cuyo auge puede palpase a través del aumento de las donaciones reales a los templos en gratitud por los éxitos bélicos. Precisamente uno de los faraones de la XVIII dinastía —Amenofis IV— encabezará una revolución que intenta romper con la preponderancia del culto de Amón oponiéndose al clero reaccionario de Tebas. Introduce el culto monoteísta a Atón, el disco solar, y funda la actual ciudad de Tell-el-Amarna a la que denominó Akhetatón —horizonte de Atón—. Esta ruptura de la tradición recupera los antiguos cauces con Tutankamón, quien devuelve a Amón su poder perdido y a Tebas su capitalidad. Por su parte, los soberanos de las dinastías XIX y XX prosiguen el afán conquistador de sus predecesores, fruto del cual resultarán los enfrentamientos con el imperio hitita que culminarán en la célebre batalla de Qadesh. En tiempos de los ramésidas también hay que situar las batallas libradas contra los llamados Pueblos del Mar, un grupo de tribus procedente, según parece, del Mediterráneo Oriental y el área prehelénica, que fueron definitivamente expulsados del país por Ramsés III, logrando mantener el control del Sinaí y el Sur de Palestina.

A la caída de la XX dinastía Egipto vuelve a experimentar un nuevo período de disgregación, al que se viene denominando **III Período Intermedio** y en el que se integra la secuencia de reyes comprendida entre las dinastías XXI y XXIV. En el Norte, con capital en Tanis, en el límite oriental del Delta, se erige un poder con prerrogativas reales representado por los faraones de la XXI dinastía. Sin embargo, el valle del Nilo hasta Assuan estaba controlado *de facto* por los sacerdotes de Amón, con sede en Tebas. Esta casta sacerdotal, aún reconociendo a los faraones tinitas y contrayendo matrimonios con miembros de la familia gobernante del Delta, se comportaba como cabeza de un estado soberano. A

comienzos del I milenio a. C. el ascenso al poder de una influyente familia libia establecida en Herakleópolis supuso el arranque de la XXII dinastía, a la que se atribuye la invasión de Palestina y la obtención del tesoro del Templo de Salomón como botín.

En torno al 712 a. C. se inicia el período conocido como **Baja Época** que se prolonga hasta la conquista de Egipto por Alejandro Magno en el 332. Esta nueva fase arranca con la dinastía XXV, encarnada en un poder madurado en Nubia que se anexionó la región de Tebas. Este gobierno fue hostigado por los continuos ataques de los asirios en el norte del país, si bien, durante algún tiempo, entre ambas potencias se situaban los pequeños estados-tapón de la franja sirio-fenicia. La situación empeoró hasta el punto de ser sometido Egipto por Assurbanipal; no obstante, esta fue la última fase de las incursiones asirias, ya que Psammético I libró al país del dominio extranjero y consiguió instaurar un siglo de orden y prosperidad en el desarrollo de la XXVI dinastía, también conocida como **Período Saíta**. En el 525 a. C. Egipto fue conquistado por los persas y hubo de soportar su dominio mientras careció de recursos reales para oponer una resistencia efectiva, hecho que no se produciría hasta fines del siglo V a. C. en tiempos del único faraón de la XXVIII dinastía, Amirteo de Sais. Años después, los persas con Artajerjes III a la cabeza volverán a instaurar su poder en el país del Nilo. Esta segunda dominación persa se prolongó poco menos de diez años, ya que en el 332 a. C. Alejandro Magno anexiona Egipto a sus posesiones. Tras la muerte de éste, entre el 304 y el 30 a. C. Egipto será gobernado por griegos al frente de la dinastía Ptolemaica, que establece su sede en Alejandría. Los primeros monarcas representaron una fase de apogeo para el país ya que el contacto con el mundo helenístico supuso avances en tecnología agrícola y en la apertura a los circuitos comerciales controlados por el mundo heleno. Sin embargo, el siglo II a. C. fue un período de continuas luchas políticas y de decadencia económica, situación que empeora durante la siguiente centuria. En esta situación a Roma no le resultó difícil terminar con la independencia egipcia a partir del 30 a. C. Bajo el dominio romano Egipto careció de la autonomía de que disfrutaron otras provincias del Imperio, ya que era administrada por un prefecto que actuaba bajo la jurisdicción directa del Emperador. En los primeros tiempos, la estabilidad que Roma impone tras los períodos de convulsión política vividos por el país antes de pasar a la égida de los nuevos dueños del Mediterráneo generó cierto aumento del bienestar. Sin embargo, quien a la postre iba a beneficiarse de esta bonanza era la propia Roma, preocupada como estaba por asegurarse el control de las riquezas de los territorios que se iba anexionando. Durante los trescientos años de ocupación romana, la acul-

turación de Egipto poseyó un carácter bastante superficial. Así, se siguieron empleando el idioma griego y copto, en tanto que las inscripciones latinas resultan infrecuentes; se levantaron templos con la concepción arquitectónica tradicional; se mantuvieron los cultos nativos y se siguieron momificando los cuerpos para asegurar el tránsito al Más Allá. Según defienden Baines y Málek, la fuerza que acabaría por destruir la cultura egipcia antigua no fue el dominio romano, sino el cristianismo. La fecha que convencionalmente se emplea para concluir la historia del Egipto Antiguo es el 395 d. C., con la división del Imperio Romano en una *Pars Orientalis* y una *Pars Occidentalis*, incorporándose el país del Nilo a la primera.

4. BREVE HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA CULTURA EGIPCIA. DE CHAMPOLLION A NUESTROS DÍAS. LA APORTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN ESPAÑOLA A LA EGIPTOLOGÍA: LAS MISIONES ESPAÑOLAS EN EGIPTO

El Antiguo Egipto constituye una de las etapas de la Historia Antigua que más curiosidad despierta entre los aficionados y amantes de la Arqueología. Frente a la imagen estereotipada y falsamente historicista de la civilización egipcia que se ha divulgado a través del cine y cierta literatura, la Egiptología se encarga de interpretar las evidencias materiales legadas por una de las civilizaciones más singulares de la Historia Antigua Universal.

Si el interés por la cultura egipcia se percibe desde el período greco-romano, con referencias recurrentes en las obras de historiadores y geógrafos, los estadios iniciales del conocimiento sobre el Egipto Antiguo remiten al período medieval y se reflejan en la curiosidad que despertaban sus restos monumentales en los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa. Desde fines del siglo XVI e inicios del XVII comienzan a organizarse viajes en busca de antigüedades (Pietro della Valle) o simplemente con fines contemplativos, como expresa el relato de la visita de un anónimo veneciano en 1589. Exploraciones con cierta finalidad «arqueológica» fueron las realizadas en los siglos XVII y XVIII por J. Greaves en 1638 y 1639, el jesuita C. Sicard o F. L. Norden, existiendo a fines de la última centuria citada algunas colecciones de antigüedades egipcias de cierta entidad.

Pese a que comenzaban a prodigarse estos viajes, el nacimiento de la Egiptología como disciplina científica no debe retrotraerse más allá de